



ESTRELLAS
SOBRE EL
OCÉANO

KIMBERLEY
FREEMAN



1874: Unos días antes de salir de la inclusa en la que se ha criado, Agnes Resolute descubre que, siendo un bebé, la abandonaron con un pequeño recuerdo de su madre: un botón con un unicornio.

Agnes siempre había creído que su madre era demasiado pobre para poder criarla, pero después de trabajar en la lavandería de la inclusa reconoce el botón: es de Genevieve Breckby, la hermosa y obstinada hija de una familia noble del pueblo. Agnes vio a Genevieve una vez, en el pueblo, y no ha olvidado jamás.

A pesar de no tener dinero, Agnes se embarcará en una búsqueda que la llevará desde los lúgubres páramos del norte de Inglaterra hasta las peligrosas calles de Londres, París y Sri Lanka. Conforme va siguiendo el rastro de su madre, tendrá que ir tomando decisiones que pueden costarle muy caras. Por fin, en Australia, encuentra a Genevieve. Pero ¿será capaz de ser la madre que Agnes espera que sea?

Una novela fascinante sobre el amor, la maternidad y el discernimiento de cuál es tu lugar en el mundo, por la autora del éxito de ventas *Las montañas azules: Evergreen Falls* y *Secretos en las paredes: Ember Island*.

Para mi madre

EL PRESENTE

—¿Mamá?

—Está desorientada. Tienes que tener paciencia si...

—¿Mamá? —le dije todavía con más ahínco, como habría hecho de niña, exasperada pero obediente.

Aunque la esté mirando a los ojos y ella a mí, es como si se hubiera formado una neblina entre nosotras. Por una parte estamos la enfermera y yo, rodeadas de las paredes verde pálido de la clínica, y por otra parte está mi madre, perdida en la inmensidad del mar.

—¿Victoria? —dice por fin y le sonrío.

—Sí, soy yo, estoy aquí.

Mi madre es la única que me llama por mi nombre completo. Para todos los demás soy Tori, que es más moderno y sencillo. Ella me puso el nombre de una reina, pero no lo soy.

—Me perdí entre el tráfico —dice refiriéndose a las quemaduras que ahora le marcan la piel pálida en los suaves rasgos del rostro.

—Eso me han dicho.

—Podría haber sido peor, supongo. No rompí nada —resopla—. ¿No habrás venido desde Australia solo por eso?

La enfermera le da una palmada en la pierna por encima de las sábanas.

—Os dejo solas, ¿de acuerdo, señora Camber?

—Profesora Camber —la corregimos mi madre y yo al unísono y con el mismo tono de cansancio e indignación en la voz.

—Vaya, mira a quién le está mejorando la memoria —
suelta la enfermera al salir sin rastro de amabilidad.

Yo creía que las enfermeras eran amables y, sin embargo, la forma en que esta le acaba de contestar a mi madre suena como si hubiera querido decir «mira la vieja patosa esta». Mi madre solo tiene setenta años, y no tiene nada de vieja ni de patosa.

Cuando nos quedamos solas, vuelvo a mirar a mi madre. Parece asustada, y enseguida me transmite el miedo. Se me encoge el estómago. ¿Por qué está asustada? ¿Yo también debería estarlo? Intento sonreír.

—Bueno —digo.

Me sonrío. Parece que mi sonrisa la ha reconfortado de algún modo.

—¿No habrás venido desde Australia solo por eso? —
dice otra vez, y no sé si lo repite para insistir o porque ya se le ha olvidado que lo había dicho antes.

—¿Por el accidente? No, en realidad, no. Es... por lo otro.

Aparta la mirada. Mi madre fue muy guapa de joven y la belleza nunca llega a abandonar un rostro del todo. Es cierto que ahora tiene el pelo del color del acero, las mejillas hundidas y los labios rodeados de arrugas, pero sigue teniendo unos enormes ojos azules, casi violetas, y las pestañas largas y oscuras.

Por la ventana se cuele un débil rayo de luz y se oyen las gaviotas que siguen las corrientes por el canal de Bristol. Mi madre trabaja en Bristol, pero siempre ha vivido aquí, en Portishead. Su casa está a cinco minutos de la clínica. Ha debido de pasar por delante miles y miles de veces cuando salía a pasear por la tarde, sin poder imaginarse que algún día terminaría aquí, en la «casa de las chavetas», como ella decía.

Pero ¿cuánto tiempo seguirá trabajando en Bristol? Su jubilación forzosa ha sido el tema de todos los correos que me ha enviado durante los últimos dieciocho meses.

—No estoy tan mal como creen —dice por fin—. Se me olvidan algunas cosas, me acuerdo de otras...

—Cuando tu médico me llamó, me dijo que no era la primera vez que te perdías.

—Un día me equivoqué al doblar una esquina. Habían cambiado el recorrido del autobús y me desorienté un poco. No le hagas caso a la doctora Chaudry, es muy joven y se cree que lo sabe todo.

No insisto, aunque la doctora me dijo que habían sido cuatro veces. La habían encontrado perdida y totalmente desorientada cuatro veces en los últimos dos años.

«Sin duda le habrá pasado otras veces, aunque haya conseguido llegar a su casa y no me lo haya dicho», me aseguró la doctora Chaudry.

Las pruebas y el diagnóstico se habían realizado sin que yo supiera nada. El resultado no había sido una sorpresa. La imponente catedrática emérita de Locksley College, Margaret Camber: chaveta.

Totalmente demente.

Y aun siendo un diagnóstico terrible para cualquier mujer, parece doblemente terrible para una mujer que ha destacado por su inteligencia durante toda su vida.

O triplemente, porque es mi madre.

Me siento a su lado y la cojo de la mano en la penumbra de la habitación, incapaz de creer que esto esté pasando de verdad, que mi madre no es invencible, que la enfermedad y la muerte la alcanzarán, como a todos los demás. Tengo la cabeza embotada por el *jet lag*. No consigo elaborar pensamientos completos, solo jirones. Estoy hundida y quiero que mi madre me consuele y, aunque sea desconcertante, ahora soy yo la que tiene que consolarla a ella.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —me pregunta al rato.

—Todo lo que me necesites.

—Geoff se molestará si te quedas demasiado tiempo.

—Lo entenderá.

Se hace de nuevo el silencio y al cabo de un momento, dice:

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Todo lo que... Todavía no lo sé. No he comprado el billete de vuelta.

—Necesito que vayas a mi departamento.

—¿Al departamento? ¿De Locksley?

Asiente y me doy cuenta de que mi madre está recuperando las fuerzas. Se pone tensa.

—Lo han desordenado todo y todavía no me ha dado tiempo a ir a ordenarlo.

—¿Tus libros y tus papeles? ¿Quieres que los empaquete?

—Tengo cosas ahí... Lo han amontonado todo en mitad de la habitación. Sinvergüenzas.

—Sí, mamá, claro. ¿Dónde está la llave?

—Con las otras. Mi bolso está en el armario.

Señala una cajonera que está al otro lado de la cama. Abro el último cajón y saco el bolso, en el que hay un manojito de llaves.

—Iré en cuanto la enfermera me eche de aquí —le digo. Vuelve a relajarse.

—Me pareció verlo, ya sabes, a Emile.

—¿Quién es Emile?

—Aunque ya sé que es imposible. Me confundí. Pero pensé que era él y me metí en la carretera sin mirar si pasaban coches.

—¿Quién es Emile?

—Solo quería preguntarle cómo terminó... —me dice negando con la cabeza con tristeza.

La frase termina en un murmullo. Se ha vuelto a formar la neblina y ya ni siquiera estoy segura de que mi madre sepa que estoy aquí.

Le acarició la mano sin decir nada. La enfermera entra y nos anuncia alegremente que es la hora de la merienda. No

sé si es por el *jet lag* o por ver a mi madre así, pero para mí es como si fuera medianoche.

Locksley College está en una larga avenida arbolada, en la otra parte del puente colgante de Chifton. A mi madre siempre le ha fascinado tener que cruzar todos los días un símbolo de la arquitectura victoriana para ir al trabajo, dado que es una estudiosa de la historia del siglo XIX. Para ser más exactos, mi madre estudia la historia inglesa del siglo XIX. Incluso llegó a presentar una vez, en BBC2, un programa titulado *Vida de las mujeres victorianas*. Fue en los noventa, cuando yo aún era tan joven como para sentirme avergonzada cuando mis compañeros de trabajo hablaban sobre lo atractiva que era mi madre. Ella tenía cincuenta años y yo diecinueve, y era como si el mundo entero hubiese decidido que tendría que vivir bajo su sombra.

Avanzo lentamente, buscando un sitio para aparcar el coche de alquiler. Estoy demasiado cansada para conducir, pero después de sobrevivir a dos horas de camino por la M4 desde Heathrow, no me parece lógico quedarme ahora en casa cuando mi madre está tan desesperada por que vaya a su despacho. Encuentro un sitio y pago el parquímetro, y luego cruzo la calle hacia Beech House (construida en 1901, y por lo tanto, victoriana) y subo a la tercera planta por unas escaleras de piedra con los bordes desgastados hasta llegar al departamento.

Me siento... no es culpable, más bien «furtiva». Miro a mi alrededor antes de meter la llave en la cerradura. Todo está en silencio. Ya han dado las seis. Todos se han ido a casa para disfrutar de la tarde o de sus vacaciones de verano. Entro y cierro la puerta, y enseguida me siento embargada por los olores que asocio con mi madre: libros viejos y aceite de rosa mosqueta. Me concedo un instante, respiro hondo y me pongo manos a la obra.

Se me encoge el estómago de rabia. Mi madre tenía razón: algún «sinvergüenza» ha sacado todas sus carpetas de los cajones y las repisas y lo ha metido todo sin orden ni concierto en una caja que ha dejado en mitad de la habitación. Las carpetas están abiertas y todos los papeles están apilados unos sobre otros. Es horrible. Los libros están amontonados en la mesa y en el suelo, alrededor de la caja. Las estanterías están vacías y llenas de polvo.

—Mamá, lo siento —digo en voz baja.

Cojo un fajo de papeles —páginas antiguas de un recetario de 1881— y me abanico con él. El calor es sofocante. Va a ser imposible ordenarlo todo.

Volveré mañana por la mañana. Primero tengo que dormir un poco, y después ya hablaré con el decano y a lo mejor hasta le doy un puñetazo entre ceja y ceja por obligar a mi madre a jubilarse antes de que esté preparada para afrontar una jubilación que no desea y por dejar que algún payaso haya desordenado de ese modo sus valiosos documentos.

Me dejo caer en la silla del escritorio de mi madre. Por la ventana veo las hojas y las ramas de los árboles que se mecen con la brisa de la tarde ligeramente distorsionados por el grosor del cristal. Entre dos montones de libros veo un papel cuadrado. Lo cojo y lo noto frágil y friable entre los dedos. Las letras, largas e inclinadas, están descoloridas. Abajo, en el fondo de la página, dice:

Para mi niña, la niña que perdí.

Solo es una página. Con una rápida ojeada ya se ve que termina con una frase a la mitad, por lo que está claro que la han separado de las demás. Me imagino a los hombres que sacaron los papeles de mi madre sin ningún cuidado y los dejaron todos revueltos, tal vez pisándolos con los zapatos sucios antes de ponerlos desordenadamente en la mesa.

«La niña que perdí».

Estoy llorando. Estoy cansada. Mamá está mala y no le he dicho que he perdido otro bebé. De once semanas, esta vez. He estado muy cerca de poder dar la buena noticia. Y aquí estoy, a punto de cumplir cuarenta, y no ha habido ningún niño en mi vida. Probablemente, nunca lo habrá.

«Los niños que perdí».

Me seco las lágrimas, molesta por mi propia autocompasión, y leo la primera página.

Para mi niña, la niña que perdí.

Lo primero, y sobre todo, nunca dudes de que te quería. Te sigo queriendo.

Fuiste creada con amor, naciste con amor y te separaron de mí, todo por amor. Llevo meses intentando encontrarte, pero mi familia —sobre todo mi hermana, de la que me esperaba más compasión— se ha negado rotundamente a decirme dónde estás, aunque me asegura que te están cuidando bien. A estas alturas ya le habrás dedicado tus primeras sonrisas a tu nueva mamá, incluso tal vez tus primeras palabras. Te sentirás segura con el ritmo y el timbre de su voz, sus brazos y la camita en la que duermes. Se me parte el corazón, pero no puedo imaginar cómo sería apartarte de donde te sientes segura y feliz. Si algún día te encontrara, si volviera a estrecharte entre mis brazos como tanto deseo, sería en un mundo de incertidumbre y penurias. Mi padre me ha dejado bien claro lo que tendría que pagar por la pérdida del buen nombre de la familia. El amor no nos salvaría del hospicio.

Pero no te he olvidado ni lo haré jamás, mi niña. Aunque seguramente nunca lo leerás, ten-

go que escribirte para contarte lo que pasó para que...

Eso es todo. No sé cuánto tiempo hará que mi madre tiene esta carta, ni si el resto estará por aquí. Le mandan documentos como este de todos los rincones del mundo, cartas y papeles que la gente se encuentra metidos en un libro antiguo o en el baúl enmohecido de la bisabuela después del funeral. Mi madre ha pedido que se cree un archivo apropiado en Locksley para todo este material, pero según el nuevo decano, si los documentos no son de guerra o política (asuntos de hombres), no hay presupuesto.

Dejo la página donde estaba. Me pesa la cabeza y no creo que aguante mucho más tiempo sin dormir.

Escribo un cartel que dice: «No tocar». Cierro la puerta y vuelvo a la casa de mi madre.

El olor olvidado pero tan familiar de la casa de mi madre me da la bienvenida nada más entrar. Enciendo la luz de la entrada y suelto la maleta. Ya la subiré más tarde. Por ahora, solo quiero encontrar algo de comer y algún sitio donde tumbarme.

Cuando enciendo la luz de la cocina, me quedo de piedra. Lo primero que pienso es que mi madre ha puesto banderines amarillos por todas partes, pero enseguida me doy cuenta de que ha llenado las puertas de los armarios de pósits. Algunos son muy claros: «Peluquero martes 15:00»; otros no tanto: «Otro libro», «últimos puntos», «preguntar a Beth» o «1875». Pero son muchos, y los miro por encima diciéndole a mi cerebro lo que no quiere oír: que mi madre sabe que está perdiendo la memoria y estos son sus intentos por conservarla.

Voy de un armario a otro, en una gira de notas adhesivas que se adentra en la mente de mi madre. No consigo darles un sentido coherente, aunque supongo que así es como funciona la memoria, con destellos divergentes y convergentes. En una de las notas, en la parte de arriba del armario en el que guarda las tazas, hay un nombre escrito en mayúscula: «EMILE VENSON».

Estoy tan cansada que tardeo un momento en acordarme. Me madre mencionó ese nombre antes. Emile. «Me pareció verlo, ya sabes».

Dijo algo sobre descubrir cómo terminó. Mi madre ha estado soltera durante mucho tiempo. Mi padre, que ya se ha muerto, nos dejó cuando yo tenía dos años. Muchos hombres se han interesado por ella, pero mi madre no les correspondía. No sé por qué. ¿Emile es un amante? ¿La ha dejado? ¿Cómo es que yo no lo sabía? ¿Y cómo es posible que no supiera que estaba sustituyendo su memoria con un montón de notas? ¿Cómo he podido dejar que la distancia que hay de aquí a Australia se convierta en la que separa su corazón del mío?

Me inclino sobre la encimera y me apoyo en los codos. En el silencio de la cocina llego a oír mis propios latidos. De pronto, el motor del frigorífico se pone en marcha y doy un respingo.

Comida. Cama.

Cuando por fin cierro los ojos, pienso en mi madre y el océano que nos separa.

CAPÍTULO 1

Agnes

1874

Agnes había contado cientos de veces los escalones de las dos plantas de Perdita Hall. Diecisiete. Abajo eran anchos, pero se iban estrechando después de la curva que conducía al descansillo de madera. El suelo crujía cada vez que bajaba hacia el pasillo descolorido, aunque absolutamente respetable, que llevaba al despacho del capitán Forest. Si hubiera ido hacia el otro lado, a la derecha, habría llegado al despacho de la señora Watford, la superiora. Era un camino que conocía muy bien, pues la habían obligado a recorrerlo una y otra vez debido a su mal comportamiento. La idea de no tener que volver a ver a la señora Watford la llenaba de alivio, y sin duda era un sentimiento correspondido. La superiora se había despedido con estas palabras: «Por lo menos, cuando te vayas no tendremos que ir a abrir la verja. Solo tendrás que saltarla como has hecho siempre».

Agnes se acercó a la puerta del despacho del capitán Forest. Estaba cerrada. Por un momento miró por la ventana del fondo del pasillo, y al contemplar la capilla, los jardines, los talleres y los dormitorios que habían sido su hogar durante diecinueve años, el único hogar que había conocido, se preguntó si lo echaría de menos, pero le pareció imposible. Estaba deseando empezar su nueva vida.

Llamó a la puerta con golpes rápidos y suaves.

—Adelante —le dijo el capitán.

Agnes abrió la puerta. Solo se acordaba de haberlo visto una vez. Se decía que el capitán Forest recibía personalmente a todos los niños que llegaban a Perdita Hall, pero ella llegó siendo un bebé, por lo que no podía tener ningún recuerdo de aquel momento. La otra vez fue cuando cumplió diez años. Lo recordaba como un hombre amable, aunque distraído. Al cumplir los diez, todos los niños de la inclusa comenzaban su primer periodo de formación, ya fuera en la propia inclusa o en uno de los gremios o familias del pueblo, y el capitán Forest los invitaba a merendar en su despacho y les daba una pequeña charla sobre lo que significaba ser un niño de Perdita Hall. A ella le dio un trozo de bizcocho, que se le derritió en la boca, dulce y mantecoso.

Agnes no sabía si le volvería a dar bizcocho, pero supuso que no. Ya tenía diecinueve años, no era una niña. Aquel día, todo cambiaría para siempre.

El capitán Forest estaba sentado en un inmenso escritorio de roble. En la pared, detrás de él, había un barómetro de decoración. Unas pinturas adornaban el resto de la habitación con sus aguas turquesa y unos barcos que se abrían paso entre la espuma. Un sextante de latón sujetaba los papeles del escritorio.

Agnes se acercó a la mesa con su vestido gris de algodón uniendo las manos por delante.

La cálida luz primaveral que penetraba por la ventana le iluminaba el bigote plateado y las patillas a la Souvarov.

—Señorita Agnes Resolute, ¿correcto?

—Buenos días, capitán Forest.

El capitán le sonrió y señaló la silla que Agnes tenía a su lado.

—Tome asiento.

Agnes se sentó y pasó los dedos sobre la fina madera tallada de los brazos de la silla.

El capitán Forest se puso las gafas y hojeó unos papeles que tenía en la mesa.

—Ha estado aquí toda su vida, Agnes. La acogimos cuando no era más que un bebé.

—Sí, señor.

—Veo que ha completado su periodo de aprendizaje aquí, en la lavandería de Perdita Hall.

—Bordado y remiendos, señor. He aprendido bien.

Agnes había llegado a ser una buena costurera, principalmente porque le gustaba el ambiente silencioso de la sala de remiendos que estaba sobre la lavandería, ya que le daba todo el tiempo y la tranquilidad que necesitaba para dejar volar la imaginación.

—Excelente lectura y escritura. No tan dotada para la enfermería y la cocina. Ha trabajado adecuadamente al servicio de la familia Bennett en el norte de Hatby... —Siguió pasando las hojas, en las que se recogía toda su historia de modo claro y sencillo—. Vaya, ha recibido numerosas advertencias a raíz de su mala conducta, señorita Resolute. Es decepcionante.

Agnes no sabía si aquel comentario requería una respuesta, pero se le ocurrió una que no podía decir. «¿Puede culpar a un pájaro enjaulado por golpearse las alas contra los barrotes?».

Por fin, el capitán levantó la mirada.

—Agnes, con ocasión de su decimonoveno cumpleaños tengo el placer de comunicarle que queda libre de su obligación para con Perdita Hall.

Agnes sonrió de oreja a oreja.

—Gracias, capitán.

—Se marchará con todos sus documentos, referencias y, por supuesto, una pequeña suma de dinero que le permita ir a la ciudad a buscar trabajo.

Una de las reglas del capitán Forest era que los niños de Perdita Hall tenían que viajar dieciséis kilómetros para llegar a York y crearse una nueva vida, para lo que se les daba